



ALBERTO DE AGOSTINI, explorador y geógrafo de la Patagonia Meridional y la Tierra del Fuego.

Por MATEO MARTINIC B.

La Patagonia y el mundo geográfico universal se hallan de duelo.

Acaba de fallecer, en diciembre del año recién pasado, el notable explorador y geógrafo, sacerdote salesiano P. Alberto M. De Agostini.

Su obra ha sido inmensa y admirable. Sus trabajos geográfico-explorativos son de tal envergadura que han superado con mucho todo cuanto otros exploradores y geógrafos hicieron antes que él.

Vinculado a la Patagonia desde 1910, ella constituyó su obsesión durante medio siglo. Sus trabajos y exploraciones se fueron sucediendo unos a otros, obra notable que le permitió divulgar y hacer conocer las bellezas naturales y geográficas del extremo austral del continente americano.

El campo de sus actividades abarcó toda la zona meridional del continente entre el paralelo 47 y el Cabo de Hornos, comprendiendo en ella la sección sur de los Andes patagónicos entre el Lago Buenos Aires y el Seno de Última Esperanza, además de la mitad sur de la Tierra del Fuego, y los canales y archipiélagos adyacentes.

Sus exploraciones se desarrollaron en territorios de Chile y Argentina, efectuándose la mayor parte de ellas y las más importantes en territorio chileno.

Los chilenos deberemos estar perpetuamente agradecidos de su actividad incansable: merced a ella, regiones desconocidas desde el principio de los tiempos, regiones y paisajes admirables de ese Chile distinto y misterioso, al par que maravillosamente prometedor, que encierra la Patagonia Occidental, fueron conocidas y divulgadas al país y al mundo.

A su actividad como geógrafo y explorador unió una exquisita sensibilidad de artista fotógrafo y una notable facultad descriptiva como autor y publicista.

Todos sus numerosos viajes de exploración, algunos de ellos muy costosos, los realizó solo o acompañado de guías alpinos italianos, empleando para ello sus recursos personales, estimulado solamente por el gran amor que profesaba a la Patagonia.

El mérito de su obra radica no solo en el enorme aporte que hizo a la Geografía Universal, sino en el hecho de que a ella dedicó su vida entera hasta el mismo momento de su muerte, significándole en sus trabajos propiamente de exploración, un esfuerzo físico realmente extraordinario y prolongado en el tiempo.

Su labor tan meritoria fue universalmente reconocida en los medios geográficos y científicos, recibiendo por ella numerosas distinciones, entre ellas el famoso

premio "Bressa" de la Academia de Ciencias de Roma.

Al hacérsele entrega de este premio, la Academia hizo constar su elogio al eminente sacerdote en los siguientes términos: "Los méritos científicos que posee son de tal naturaleza que lo hacen un autor digno de ser colocado entre los más insignes exploradores de nuestros tiempos".

Llegado a Punta Arenas en 1910 como misionero, no tardó en sentirse vivamente atraído e impresionado por la naturaleza austral, combinando su actividad apostólica con la geográfica, hasta convertir a ésta en su trabajo fundamental y permanente.

Una breve reseña cronológica nos permitirá mostrar sus actividades desde aquella época hasta el último año de su vida.

Fue en la Tierra del Fuego, cuya fascinación misteriosa lo subyugó durante muchos años, según propia declaración, donde comenzó su obra.

Allí realizó varias exploraciones entre 1910 y 1918, y luego nuevamente entre los años 1923-24 y 1928-29. Todas ellas tuvieron por objeto el estudio de las cordilleras que se extienden entre el fiordo del Almirantazgo y los canales adyacentes, por el norte, y el Canal Beagle, por el sur. Además exploró detenidamente los cordones montañosos situados al suroeste y al sur del Lago Fagnano, en el sector comprendido entre este Lago y el Beagle.

En 1913 descubrió dos grandiosos fiordos, tal vez los más bellos entre los fueguinos, y los denominó Contraalmirante Martínez y Pigafetta, nombre este último reemplazado posteriormente y con justicia por el de "De Agostini", por oficiales de la Marina de Chile en homenaje a su descubridor.

El reconocimiento abarcó la extensa región de fiordos y glaciares que se hallan en la gran isla fueguina y que en este sector se prolonga hacia el suroeste en forma de extensa península, descubriendo numerosos ventisqueros y accidentes geográficos.

En sucesivas expediciones que se prolongan hasta 1932 exploró sistemáticamente el interior desconocido de la región cordillerana de la Tierra del Fuego, descubriendo muchos lugares que permanecían ignotos, entre ellos el gran Valle de Carvajal al norte de Usuaia.

Complementó estas exploraciones con viajes a las llanuras orientales de la Isla

Grande, con lo que pudo presentar un cuadro completo de los variados aspectos geográficos del gran archipiélago fueguino.

Simultáneamente en aquellos años realizó largos viajes por los canales australes hasta el Cabo de Hornos, la Isla de los Estados y aún a islas solitarias del Océano Pacífico tales como la famosa Isla Negra.

Un reconocimiento previo en la Patagonia, donde encontró glaciares más imponentes y montañas más elevadas y bellas aún que las fueguinas, le llevaron a extender a ella su actividad, iniciando hacia 1916 las primeras exploraciones en la Cordillera de Ultima Esperanza, en los macizos del Paine y Balmaceda.

Volvió en 1917 al Balmaceda reconociéndolo íntegramente, estudiando además el campo de hielo que circunda al macizo por el noroeste.

Entre 1917 y 1929 recorrió el Valle del Río Serrano, las cuencas de los Lagos Toro o Maravilla y Nordenskjold, y especialmente, el gran macizo del Paine, que con sus cumbres y torres lo subyugó en tal forma que no resistió en calificarlo como el "más soberbio y característico grupo de picachos que posee la Cordillera patagónica austral".

En 1926 estudió parte de la Sierra Baguales, atravesándola hasta llegar al Lago Argentino.

Todos estos viajes de exploración los complementó con un reconocimiento aéreo que hizo acompañando a Franco Bianco, pionero de la aeronavegación patagónica, en un vuelo que cubrió la región cordillerana de Ultima Esperanza desde el Cerro Balmaceda, pasando por el Paine y llegando hasta muy al interior del Lago Argentino.

Finalmente, en 1943 amplió aún más el conocimiento de esta zona con la exploración de la región septentrional del macizo del Paine y las cuencas de los Lagos Paine y Dickson.

Entre tanto, en 1930, había realizado un viaje a los canales occidentales de la Patagonia, recorriendo los fiordos Falcón y Eyre explorando la región adyacente al ventisquero que cae en este último fiordo, y que bautizó con el nombre de Pío XI. Obtuvo en esta excursión una nueva visión desde la zona occidental sobre los extensos campos de hielo que cubren la sección más austral de la cordillera.

En 1928 llegó por primera vez a la zo-

tre el Lago Viedma y el Fiordo Eyre, descubriendo y bautizando nuevos montes.

En esta misma época la Dirección de Parques Nacionales de Argentina, le encargó la determinación del Parque Nacional "Los Glaciares", situado en la cordillera entre el Lago San Martín y el Brazo Rico del Lago Argentino.

En el verano de 1937 inició, y prosiguió en 1940, la exploración de las regiones sur y suroccidente del Lago O'Higgins-San Martín, y de los glaciares y cerros adyacentes.

Dirigiéndose a los Andes patagónicos centrales, inició en 1937 y completó en 1940 el reconocimiento de la zona cordillerana inmediata al Monte San Lorenzo y a la Cadena Cochrane.

En los años 1940-41 realizó una expedición a la región del Río Baker, cuyo valle superior exploró, además de los valles del Río del Salto y Chacabuco.

En 1942 regresó al Baker, explorando esta vez hacia el occidente un afluente de este gran río, el Río Colonia, reconociendo la configuración de su valle y la de parte del sistema montañoso ribereño.

A fines de 1943 efectuó una última expedición a la Cadena Cochrane y al Monte San Lorenzo, cuya cumbre escaló el 17 de diciembre de 1943.

El año 1944 lo sorprendió nuevamente en el Lago Argentino, reconociendo el Seno Mayo y el glaciar que en él se vacía y que denominó Ameghino.

A partir de 1945 cesó su actividad propiamente explorativa; la capacidad física de De Agostini resentida ya después de más de treinta años de esfuerzo enfrentando a la dura naturaleza de la cordillera patagónica, exigía reposo, y es así como el bastón del explorador y la picota del escalador, cedieron paso a la pluma del escritor y al arte del fotógrafo.

Como resultado de estos numerosos viajes de exploración, el Padre De Agostini pudo entregar su gran contribución a la Geografía, al dar a conocer la estructura orográfica y glaciológica de las cordilleras patagónica austral y fueguina, las que con excepción de algunas zonas limitadas eran completamente desconocidas en su interior al promediar la segunda década del siglo XX.

Sin embargo, de sus viajes por la Tierra del Fuego, conservó por largos años una espina, el Monte Sarmiento permanecía invicto desde 1913. Su pensamiento

constante fue lograr su escalamiento. Para procurar su conquista organizó en 1956 una expedición con la colaboración del Profesor José Morandini y un grupo de científicos y geólogos italianos, y del Ejército de Chile. Llegada a fines de ese año la expedición a Punta Arenas, se dirigió de inmediato a la zona fueguina elegida, y a principios de 1957 los guías alpinos de la expedición conquistaron al monarca de los Andes fueguinos, consiguiendo así De Agostini vencer al coloso de la Tierra del Fuego tras una espera de cuarenta y tres años.

Con esta expedición dio cima a los estudios orográficos y glaciológicos de la Cordillera Darwin, iniciados cuatro décadas antes.

La obra literaria de este gran explorador fue igualmente laboriosa y fecunda, ella abarca temas propiamente geográficos, geológicos, etnológicos, históricos, botánicos, zoológicos y económicos que proporcionan en conjunto una visión cabal de cada una de las regiones exploradas.

Se trata de obras profusamente ilustradas, con fotografías de calidad extraordinaria, que se han hecho ya clásicas en la representación de paisajes y escenas de la Patagonia y la Tierra del Fuego.

De entre sus libros se destacan "Mis viajes a la Tierra del Fuego", primera obra en orden cronológico, y de la cual se han hecho varias ediciones. En ella trata de sus exploraciones y viajes realizados en la Tierra del Fuego y canales fueguinos. Se complementa la obra con un breve estudio etnográfico sobre los indígenas Onas, Alacalufes y Yámanas que habitaban la Isla Grande y los archipiélagos vecinos.

En 1941 apareció "Andes Patagónicos" su obra cumbre, verdadera joya de la literatura geográfica universal, ampliada y corregida en una segunda edición de 1945. En ella relata sus viajes y exploraciones realizados en la Cordillera patagónica austral entre Última Esperanza y el Lago Buenos Aires. El libro tiene capítulos dedicados a los indios Tehuelches, y a la reseña histórica de los viajes de exploración en la Patagonia austral.

En 1945 publicó "Paisajes Magallánicos", obra que proporciona una visión de la Provincia de Magallanes en sus aspectos geográficos, históricos y turísticos.

En 1957 se editó "Treinta años en la Tierra del Fuego", libro que dice relación con sus exploraciones fueguinas.

En 1958 entregaba "Esfinges de Hielo", obra destinada a narrar los pormenores de sus expediciones de 1956-57 a los Montes Sarmiento e Italia, complementándola con un panorama de la realidad geográfico-económica actual de la Tierra del Fuego.

Además, entre 1945 y 1950 publicó varias obras de divulgación geográfico-turística, tales como "Guía turística de los lagos australes argentinos y de la Tierra del Fuego", "La Naturaleza en la Patagonia Septentrional", "El Cerro Lanín y sus lagos", "Nahuel-Huapi".

Su último libro fue "Magallanes y Canales Fueguinos", aparecido el año recién pasado. Obra magníficamente presentada, como todas las suyas, proporciona una nueva y completísima visión de Magallanes con informaciones que van desde la formación geológica del territorio, la economía de la provincia, el desarrollo actual y futuro del turismo, hasta descripciones exactas de la flora y fauna que habitan esta promisoría región de Chile.

Complementan la obra admirables fotografías, entre ellas algunas bellísimas y a todo color que muestran espléndidos paisajes andinos.

Tal es, en síntesis, su labor principal, geográfico y explorativa, pero aun la complementó con sus numerosos trabajos cartográficos, la mayoría de los cuales figuran agregados a sus obras, influyendo en ello evidentemente la tradición familiar, vinculado como estaba a la sociedad cartográfica italiana De Agostini, de Novara.

Además, hasta sus últimos años desarrolló una eficaz labor de divulgación de la naturaleza patagónica-fueguina y sus bellezas, por medio de conferencias y documentales cinematográficos.

ella la obra infinita y maravillosa del Creador.

Hemos creído que bien vale el transcribir algunas de las hermosísimas descripciones que nos ha dejado en su obra más importante, "Andes Patagónicos". Veamos con qué admirable maestría nos describe los fiordos y las montañas de los canales occidentales:

"Al Levante estas ensenadas penetran en el corazón de la Cordillera entre gigantes paredes de montañas, talladas a pico sobre el mar y revestidas de exuberantes bosques de hayas, cipreses y magnolios, formando los fiordos más gigantescos y majestuosos del mundo. Las masas de hielo que se desprenden de los glaciares llenan literalmente las bahías para ser arrastrados después a la deriva, a lo largo de los canales, por el viento y las corrientes.

"Es un espectáculo impresionante por la severa grandiosidad de las montañas, por la variedad infinita de las costas desmenuzadas en millares de islotes y escollos, por el encanto de la soledad, por la magnificencia de los cielos, ora nebulosos y sombríos, ora diáfanos y luminosos, desde donde el sol proyecta sus luces sobre este fantástico escenario, salpicándolo con las tonalidades más sorprendentes e inverosímiles" (1)

"A eso de las 10 de la mañana, el cielo se aclara y comienzan a asomarse fugazmente entre los claros de las nubes, que cubren las montañas, blanquimosos relampagueos de cumbres, azules reflejos de glaciares que cuelgan sobre los abismos, negras y torvas crestas rocosas que perforan el fondo grisáceo de las nubes: un mundo nuevo e impensado, donde se concentra todo lo bello y lo horrible de la alta montaña". (2)

"Al atardecer y cuando menos lo esperábamos, hacia Levante, donde se alza la gran cresta de la Cordillera Patagónica, el telón de nubes se desgarró repentinamente y aparecen en regiones altísimas, primero una gigantesca y cándida cúpula de nieve y luego, lentamente, parte de otras cimas, torres nevadas de terrible aspecto, que los últimos rayos del sol hacen aun más majestuosas

Alberto M. De Agostini conquistó a la Patagonia venciendo las cumbres audaces de sus montañas, hollando el blanco manto de sus glaciares y campos de hielo, y revelando el desconocido interior de sus fiordos y cordilleras. Pero, al mismo tiempo, De Agostini fue conquistado también por la Patagonia, fue seducido por su impresionante e imponente belleza. Fue un enamorado de la tierra, y al describir sus distintas regiones no resiste y se transforma en poeta y canta su emoción ante la visión de la naturaleza patagónica, admirando en

(1) "Andes Patagónicos", pág. 31

(2) "Andes Patagónicos", pág. 57

“ y etéreas, encendiéndolas de rosa y púrpura”.

“ Cautivados por el inesperado y sublime espectáculo, seguimos con avidez la aparición de esas misteriosas montañas, tratando de conocer su configuración, pero las nubes, en lugar de rasgarse, se espesan sobre las gargantas y las crestas. Barridas un momento por una ráfaga de viento retornan poco después, más tenaces y voluminosas, hasta que el anochecer, nuevamente se cierran herméticamente como un espeso velo” (3)

Entre las maravillas de la soberbia naturaleza austral que más le impresionaron por su sublime grandiosidad están las montañas. A su descripción dedicó tal vez sus mejores líneas, siendo sus predilectos los cerros Balmaceda, Paine y Fitz Roy.

Veamos como nos muestra al Cerro Balmaceda en un día de calma:

“En seis horas de navegación sobre unas aguas siempre tranquilas, llegamos casi al final del fiordo; dejamos atrás un estrecho paso donde las montañas alisadas por los antiguos glaciares tienen el aspecto de una bellísima barrera rocosa tallada a pico sobre el canal, y hénos aquí en una amplia caleta frente al Balmaceda, que libre de nubes, ostenta su altísima mole a los primeros rayos del sol sobre el pedestal cristalino de las aguas.

“Sublime espectáculo que subyuga y conmueve todas las potencias del espíritu con la gigantesca forma de las líneas, con todo el sublime conjunto de picos, crestas, peñas, precipicios y barrancos; con la majestad de los glaciares suspendidos sobre el abismo, entre el verde marco de la exuberante floresta virgen, con la variedad infinita de colores de tonos tan luminosos y delicados que la vista permanece extasiada y el ánimo impregnado de profunda dulzura”. (4)

Al macizo del Paine, tal vez el conjunto montañoso más variado y hermoso de la Cordillera Patagónica, lo presenta así:

“Casi aislado de la Cordillera, avanza entre las estribaciones orientales de los Andes como una formidable fortaleza almenada de torres, de pináculos, de cuernos monstruosos audazmente dirigidos hacia el cielo. Por sus colores y su

“ forma es sin duda uno de los conjuntos arquitectónicos mas fantásticos y espectaculares que la imaginación humana pudiera concebir”. (5).

Y la descripción se hace insuperable cuando muestra al Fitz Roy, el verdadero rey de los Andes australes, en una tarde de crepúsculo patagónico:

“Los últimos rayos del sol ya están por ponerse, bullen con luz oblicua detrás de la misteriosa cadena de los Andes, e imprimen a las paredes graníticas del Fitz Roy y de sus satélites el aspecto de bloques incandescentes, envueltos en un fuego devorador, que parece brotar de las entrañas mismas de la Tierra. Las nubes que surgen detrás de las montañas, a impulsos del viento SW, henchidas de vapores de un color azul intenso, vuelven de repente diáfanas y luminosas, se encienden de púrpura y oro y se despliegan con arabescos sobre el fondo del cielo de un celeste tan puro y delicado que hipnotiza los sentidos. Son breves instantes; el incendio se va apagando gradualmente, las tintas se amortiguan, el rojo escarlata se destempla en un rojo pálido y finalmente se apaga todo en una violeta sombrío.

“El Fitz Roy aparece entonces como un desmesurado bloque de diaspro frío, que desgarrar agudo el cielo con sus agujas e impera majestuoso en la soledad misteriosa de aquellos montes, mientras que por mucho tiempo aun, sobre el cielo, hacia Poniente, se refleja un abanico de luz pálida y vaporosa” (6).

Pero su alma sensible de geógrafo y artista no solamente ensalzó la belleza patente de las maravillas de la naturaleza, sino que también fue impresionada hondamente por la sencilla grandiosidad de la estepa patagónica, denigrada antaño por la miope visión darwiniana, y pudo descubrir en ella variada hermosura. Así la describe:

“A pesar de la desnudez y monotonía del paisaje chato y falto de relieves, de la pampa patagónica emana una inmensa, sublime poesía.

“La sabiduría creadora de Dios, que lo ha dispuesto todo maravillosamente, ha distribuido también aquí con generosidad tesoros de belleza y encanto, que vamos descubriendo poco a poco en la va-

(3) “Andes Patagónicos”, pág. 65

(4) “Andes Patagónicos”, pág. 90

(5) “Andes Patagónicos”, pág. 95

(6) “Andes Patagónicos”, pág. 222

“riedad de los cuadros, que la luz solar, la sombra, la calma y la tempestad van produciendo con maravillosa fecundidad, a cada hora y a cada instante. La misma extensión interminable de la pampa, vasta como un océano, produce en el ánimo un sentido vago y agradable de lo infinito y parece aquietar los innatos anhelos del espíritu humano hacia los espacios incommensurables y hacia los horizontes sin límites.

“Sus cielos majestuosos, ya cubiertos de nubes oscuras y tempestuosas que se agolpan en el horizonte y huyen en furioso galope arrastradas por el viento; ya teñidos en las más delicadas tonalidades de rojo y amarillo, de verde o de violeta, que se difunden en sus atardeceres de fuego; sus tardes de calma, llenas de luz y calor, flotando sobre un celeste tenue y purísimo, transportan el pensamiento a visiones paradisíacas y ofrecen espectáculos tan profundamente sugestivos que nunca se podrá olvidar”.

(7).

Estas admirables descripciones impresionan por sí solas al lector, pero a quien conoce realmente la Patagonia y ha disfrutado con la grandeza sublime de sus paisajes, lo conmueven profundamente hasta lo más íntimo del alma.

En verdad puede afirmarse que De

Agostini no sólo ha sido el geógrafo y el explorador, sino además, y con razón, el poeta cantor de la belleza de la naturaleza patagónica.

Esta labor colocal, completa y fecunda, realizada durante medio siglo, con sacrificio, abnegación y dedicación, ha colocado a De Agostini en un plano de notable distinción, y ha permitido que con justicia podamos calificarlo como el más grande de todos los exploradores de la Patagonia y la Tierra del Fuego.

Su obra admirable ya ha entrado a la Historia de la Geografía Patagónica. A los nombres tradicionales de los descubridores, geógrafos, y exploradores debe agregarse el del sacerdote salesiano Alberto M. De Agostini como el primero y más grande de todos ellos. (8).

(8) El autor de estas líneas ha insinuado, a través de la prensa de Punta Arenas, la creación de un Parque Nacional en la Tierra del Fuego, y que llevaría el nombre de este gran explorador como un justo homenaje a su vida y obra.

El Parque Nacional “Alberto M. De Agostini comprendería la zona fueguina que partiendo del límite internacional a la altura del Lago Fagnano avanza hacia el oeste, estando limitada al norte por el Seno Almirantazgo y los canales Gabriel, Magdalena y Cockburn, y al sur por el Canal Beagle. La región así delimitada guarda en su interior hermosísimos tesoros de belleza natural y los paisajes más bellos de la Tierra del Fuego. (N. del A.).

(7) “Andes Patagónicos”, pág. 217